

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 93

MÁS FÁCIL QUE LLORAR

Bernardo Cappa

Personajes

Eleonora

Licia

Laura

Analía

Eleonora: Acá está. Basta. Creo, es un motivo más que suficiente para abandonar nuestra tristeza.

Licia: Estoy azorada.

Laura: ¿No le creés?

Licia: No.

Analía: ¿Quieren verlo una vez más?

Laura: Por favor.

Las cuatro se paran y en fila van sigilosas hasta la puerta de un placard. Laura espía.

Licia: Contanos lo que ves.

Laura: Nada. Está todo oscuro.

Licia: Es raro. No me lo pueden negar.

Eleonora: ¿Qué es lo raro?

Licia: (A Laura.) ¿Que no se vea nada?

Eleonora: Es negro.

Licia: (A Laura.) ¿Que no haga ningún tipo de ruido?

Analía: Lo durmió con un hipnótico.

Licia: (A Laura.) Lo hipnotizó.

Laura: ¿Cómo son sus ojos?

Analía: (A Laura.) ¿Querés un whisky?

Laura: No.

Licia: ¿Le creiste?

Analía: Disipadas las dudas. Es tiempo de que empecemos a jugar.

Laura: ¿Y la que gana?

Analía: Se lo queda.

Las cuatro sentadas a la mesa.

Laura: ¿Que pasa si él no quiere?

Analía: ¿No quiere qué?

Licia: Quedarse.

Eleonora: Eso depende de la que gana.

Laura: ¿No es mucha exigencia?

Analía: Debo decirte que tus quejas ya me hartaron. Antes los premios no te motivaban, ahora el premio es demasiado.

Laura: No es por mí.

Eleonora: ¿No?

Laura: Mis gatas.

Analía: Se acostumbrarán.

Laura: Son muy celosas.

Licia: No te preocupes ahora. Primero vas a tener que ganar.

Silencio.

Laura: Analía, si llegases a ganar, ¿qué harías?

Analía: Temo sonrojarte.

Licia: (A Analía.) No seas vanidosa.

Eleonora: ¿Podemos tirar el dado?

Todas tiran un dado.

Laura: Creo que nunca empecé.

Analía: Ser la primera no quiere decir nada.

Eleonora: Puedo decir que hay algo que los hombres nunca dejarán de hacer mientras yo viva.

Laura: ¿Qué?

Eleonora: Mirarme a los ojos.

Laura: ¿El te miró?

Analía: Claro. Es obvio. Si no, no estaría acá.

Laura: Estás siendo agresiva conmigo.

Analía le pone bombones en la boca a Laura.

Eleonora: No le des más, va a engordar.

Analía: No hoy.

Eleonora: Me costó decidirme. No fue fácil. Ya les dije que tampoco me resultó difícil.

Analía: Deberán estar buscándolo.

Licia: Nadie te vio?

Eleonora: Él, con tanta intensidad. Tuve miedo de no poder. Por el vértigo.

Licia: No juguemos como lo hacemos siempre.

Analía: Bien. Me gusta.

Eleonora: Son mujeres modernas, estoy sorprendida, verdaderamente.

Laura: Si no jugamos cómo lo hacemos siempre. ¿Cómo lo haremos?

Licia: Juguemos una generala obligada.

Eleonora: Excitante, como la ruleta rusa.

Laura: Intercambiemos nuestra ropa interior.

Analía: ¿Para qué?

Laura: No sé. Me pareció creativo.

Analía: Ni siquiera es perverso.

Licia: Es asqueroso.

Laura: ¡Licia!

Licia: Necesito ser objetiva.

Eleonora: No lo hagamos. Pero no prejuzguemos.

Analía: Laura, te noto preocupada.

Licia: Está un poco melancólica.

Eleonora: Hice lo que hice. Arriesgué, para matar a la melancolía.

Analía: Calmate, Eleonora. Es su manera de enterrarla.

Laura: Me siento igual que aquel día en el que recibí esa carta sin esperarla. Me ilusioné.

Analía: Quién no recibió alguna vez una carta desagradable.

Licia: No fue solo una carta desagradable.

Analía: ¿A no?

Licia: ¿No te acordás ese día en la farmacia?

Analía: No.

Licia: Laura empezó a contarnos en la farmacia y terminó en el coto.

Analía: Me acuerdo que fuimos varias veces en un tiempo juntas al coto pero al coto y a la farmacia.

Laura: *(A Licia.)* ¿Te aburriste?

Licia: No. Te escuché y hasta me emocioné.

Laura: ¿Entonces por qué remarcas "de la farmacia al coto"?

Eleonora: Está tratando de que Analía se acuerde por eso la ubica.

Laura: No. Se aburrió. Me duele enterarme ahora del desinterés que te provocaban mis problemas.

Analía: ¡Laura! No seas injusta.

Laura: Ahora veo la verdad. Seguro que estuvieron burlándose todo este tiempo.

Licia: Te estás equivocando. Cuando vi el humo saliendo por la habitación de tu departamento crucé la calle sin mirar y un Peugeot frenó de golpe y creo que me insultó.

Laura: ¿Vos viste ese humo?

Licia: Sí.

Laura: ¿Pasabas por ahí?

Licia: Sí. Te toqué timbre, para hacerlo tuve que forcejear con un policía, me dejaron porque vino otro, de unos enormes ojos celestes muy pero muy amable.

Eleonora: ¿Te siguen gustando los policías?

Licia: Los hay lindos. Vos no los ves porque te lo impiden tus prejuicios.

Analía: (A *Eleonora*.) Te quedan todos los números, menos el cinco.

Eleonora: ¿Cuándo lo perdí?

Analía: Cuando fue tu turno.

Licia: No pueden quedarle todos los números.

Laura: ¿Estás anotando bien?

Analía: Construí mal la frase. Quise decir: solo te queda el cinco.

Eleonora: El número que más me gusta.

Analía: ¿Alguien va a querer una copita de cognac?

Eleonora: Yo.

Laura: Dame una a mí también.

Licia: A mí servime poquito.

Eleonora: Estamos viviendo una fiesta, pedir poquito cognac es casi una traición.

Analía: En las fiestas para que sean más divertidas alguien tiene que traicionar.

Laura: Juguemos limpio, por favor.

Eleonora: No nos vas a culpar de que sacaste lo mínimo de cada número a nosotras.

Laura: No. No me gustaría que ninguna se vaya a su casa lastimada.

Licia: ¿Y si le hablamos de nosotras?

Eleonora: Habla inglés.

Licia: Yo también lo hablo.

Laura: Vos decís eso porque te gusta contarlo todo.

Licia: ¿Te molesta?

Laura: Cuando son mis cosas las que tu boca desnuda, sí.

Analía: (A Eleonora.) Nunca contás nada, sin embargo, hubo un día que fuimos juntas a la farmacia y después a un todo por dos pesos en que hablamos, algo me contaste pero no pude entender por qué terminaste tan triste.

Eleonora: Es difícil de explicar. Lo veía cuando iba a la terraza. Al principio solo tendía la ropa de su esposa. Hasta que un día se apareció con una toallita muy chiquita y una radio portátil, era domingo y me preguntó si no me molestaba que escuché el partido. No, le contesté.

Laura: Porque imaginaste que la mujer no le dejaba escuchar el partido.

Eleonora: Exactamente.

Licia: Desde que hacés terapia estás escuchando mucho más Laurita, es increíble.

Eleonora: El se ubicó con la cabeza donde comenzaban mis pies, yo estaba de espaldas, me gustó su osadía, su caradurez, necesitaba conocer un corduda. Es que hasta ese momento fui tan linda.

Licia: Todavía lo sos.

Eleonora: Lo sé, pero algo desencantada.

Analía: ¿Quién jugaba?

Eleonora: Racing-Independiente.

Analía: ¿De quién era hinchá él?

Eleonora: Es de Banfield.

Analía: ¿Cómo iba el partido cuando prendió la radio?

Eleonora: Todavía no había empezado.

Analía: Y el sol que daba en la terraza seguía siendo lo suficientemente importante como para que se justifique estar ahí, tirados, tomándolo.

Eleonora: Era enero, enero en Buenos Aires. Una puede tomar sol casi hasta la medianoche.

Laura: Exagerás.

Analía: (A *Laura*.) ¿Probaste los bombones de menta?

Eleonora: Yo lo miraba. Por encima del hombro, una manera incómoda de mirarlo. Pero cómo se había colocado en ese lugar para mirar mi culo, bueno, a mí me gustaba.

Licia: ¿Te excitaba?

Eleonora: Sí.

Licia: Qué bien.

Laura: ¿Por qué, qué bien?

Licia: Nunca me excité porque un hombre me mire.

Laura: En cambio sí lo hiciste mirando.

Licia: Sí.

Laura: Nos juntábamos las dos a mirar por tu ventana a ese muchacho que también paseaba a su perrito los días lindos. Lo mirábamos regar las plantas de su balcón. Esperábamos los días de calorcito para verlo sin remera. Su torso bien formado. Me excitaba tanto. Llegué a comerme dos quilos de uvas sin parar a la noche.

Licia: Cómo a la noche.

Laura: Sí, a la noche, cuando vos te dormías yo me quedaba sola mirándolo.

Licia: ¿Qué hacía de noche?

Laura: Iba a altas horas a la cocina a tomar Ades de manzana. Esa luz blanca, su pelo arremolinado por el viento de luz, los azulejos verdes. Todo eso lo recuerdo como si fuera un cuadro.

Eleonora: (*Señalando el placard.*) Servirá como calmante.

Analía: Licia, ¿recomenzaste tus clases de natación?

Licia: Sí.

Analía: Aunque nunca aprendas. Te hará muy bien.

Licia: Sé nadar, lo que sucede es que cuando me doy cuenta que no hago pie me desespero.

Analía: Es muy lindo nadar.

Licia: Sí. Va gente de toda clase. Con otras mujeres tuvimos conversaciones lindas con otras, no.

Analía: ¿Tuvo alguna otra algo parecido a lo tuyo?

Licia: Todas.

Analía: Eso es bueno.

Licia: Bueno y malo. Podemos hablar. Cada una plantea su problema, eso alivia, aliviana, con decirles que la que cuenta más, nada mejor. Pero cuando un vicio es arrancado de golpe.

Laura: Bueno, eso lo solucionas cambiando de pileta. Hay tantas en Buenos Aires.

Licia: Es que a veces sucede sin darte cuenta. Viene una se sienta al lado tuyo y te da una cachetada, otra te ve y quiere recibir así que agrade a otra y es un caos en el que te dan ganas de salir lastimada.

Eleonora: Cuerpo de nadador. Él tenía cuerpo de nadador. Usaba slip y sonreía. Dibujaba en su rostro una sonrisa, aunque falsa, divertida y atractiva. Pensé que semejante esfuerzo para sonreír le causaría dolores en su cara. Ese pensamiento hizo que no se me ocurriera nada el primer día para hablarle. Me fui a casa con ese pensamiento. Creía. Creí hasta ese momento que la naturalidad era una virtud, después dejé de pensarlo.

Analía: ¿Escucharon todo el partido en silencio?

Eleonora: No. Solo el primer tiempo.

Analía: ¿Cómo iban?

Eleonora: Cero a cero.

Analía: Qué aburrido.

Eleonora: Sí, sobre todo para él que según me dijo era hincha de Banfield.

Analía: ¿Hasta el otro domingo no lo viste?

Eleonora: Exactamente.

Analía: Jugaban River y Boca.

Licia: ¿Cómo sabés?

Analía: Recuerdo ese campeonato muy bien. Seguía a Boca.

Eleonora: Ya no subió con la excusa de tender la ropa y puso una toalla más grande cerca de la mía. Me pidió si no le pasaba bronceador por los hombros.

Laura: ¿Le hiciste doler?

Eleonora: ¿Por qué iba a hacerle doler?

Licia: No sé. Servime más cognac.

Laura: ¿No querés mejor licor de mandarina?

Licia: Lo que tomen todas.

Analía: Yo quiero whisky. Con dos cubitos y soda.

Laura: *(A Licia.)* ¿Querés eso?

Licia: No. Licor. Pero de café.

Laura: ¿Dónde tenés los licores?

Eleonora: En el placard.

Laura: ¿Abro?

Eleonora: Sí.

Laura: Tengo miedo.

Licia: Bueno. Servime cognac.

Eleonora: Abrí el placard. Está dormido.

Analía: Le dió un hipnótico muy fuerte. ¿No te acordás?

Eleonora: No le dijiste para que lo querías.

Analía: Sí. Le dije que era para curar a Laurita.

Laura: ¿De qué tendrían que curarme?

Analía: De tu incredulidad.

Laura: Si en un principio desconfié es porque tenés antecedentes.

Analía: Pero no se trataba de mí.

Licia: ¿Cuánto dura el efecto?

Eleonora: Más de doce horas.

Licia: ¿No le hará nada?

Eleonora: No. Solo afecta a los cardíacos.

Licia: ¿Cómo sabés que no lo es?

Eleonora: Porque es boxeador.

Laura: Podés dejar de preocuparte por la salud de los hombres Licia por favor.

Laura abre el placard.

Laura: Por Dios.

Analía: ¿Que pasó?

Laura: Las botellas están caídas.

Licia: Si estuvo tomando es peligroso. Por el hipnótico.

Eleonora: Debe haber estado soñando y se movió.

Laura: *(Sirve el licor.)* Cada vez siento menos miedo y más intriga.

Analía: El alcohol es un buen remedio para desconfiados.

Eleonora: No es necesario que seas violenta con Laurita.

Silencio mientras toman.

Analía: El, mientras vos le pasabas bronceador por la espalda, ¿intentó algo?

Eleonora: Nada. Le pasé un rato larguísimo. No hablamos, él se fue.

Licia: Otro día más sin que pase nada.

Eleonora: Al otro día.

Laura: Lunes. Era Lunes.

Eleonora: Claro.

Laura: Cuando volvías del trabajo. Porque salís muy temprano.

Eleonora: Sí. Atardecía. Tenía muchas ganas de estar en casa y sentarme en el sillón que me habías regalado vos, Licia.

Licia: ¿Ese sin patas?

Eleonora: Exactamente.

Licia: Era de mi padre y me costó mucho desprenderme de él.

Eleonora: A mí me rayó todo el piso.

Licia: Seguramente no lo trataste bien.

Eleonora: ¿A tu padre?

Licia: No me refería a eso.

Eleonora: Lo amé. Así, sin vueltas. Lo amé hasta llorar.

Licia: No te cuesta casi nada llorar.

Eleonora: Cuando lloro por él, lloro de verdad.

Licia: El estuvo con vos solo porque eras una linda jovencita. Nada más. En ese momento él necesitaba tener una jovencita como amante. Se sentía muy joven y mi madre.

Eleonora: A ella también la amé.

Licia: No te regalé el sillón para que te rayara el piso.

Laura: Chicas. Estamos juntas para saldar esas viejas deudas.

Eleonora: El sillón si lo quiere se lo devuelvo. Pero no le debo nada a ninguna de ustedes.

Laura: No quise decir deudas.

Anafía: Ella quiso decir heridas.

Licia: Bueno. Te sentaste. Tenías ganas de sentarte en el sillón que te regalé. Era muy cómodo, no sabía que rayaba. Tengo baldosas, no parqué como vos. Perdoname.

Eleonora: No es nada. Estoy juntando para pulir el piso.

Laura: Con ponerle una frazada debajo alcanza.

Eleonora: Ya lo hice.

Laura: Entonces no es nada.

Eleonora: Es. Pero no es el tema ahora. Tenía ganas de orinar. Como siempre que vuelvo de trabajar. Ganas violentas. Desesperadas. Tantas ganas que me descomponía. Tuve que esperar. Quería comer jamón crudo con pan que había sobrado así que me detuve en lo de Lila. Una mujer me llamó la atención. Hablaba con ansiedad de su futuro hijo. Contó que su marido era ingeniero y riendo contó que se le había dado por tomar sol en la terraza de su edificio. Lila le dijo que eso era natural, los maridos cuidan más su imagen cuando su mujer se embaraza. Inmediatamente me intranquilité. Adiviné que era el que me pedía que le pase bronceador en sus hombros. Me senté frente a la ventana y miré la chimenea que en los atardeceres el sol modificaba su figura con su color. Lloré. Y no dormí.

Laura: Es entendible. Pero solo le habías pasado bronceador sobre los hombros.

Eleonora: No sólo. Había pensado mucho sobre él.

Licia: Pero eran solo pensamientos.

Eleonora: Sí, solo pensamientos.

Silencio largo.

Laura: Eleonora, ¿estás bien?

Analía: Dejémosla. Se puso un poquito triste.

Laura: ¿Preparo café?

Licia: Buena idea.

Analía: Vi una licuadora muy barata. Pensé que te podría interesar.

Licia: Ya tengo una.

Analía: ¿Pudiste comprártela?

Licia: Sí.

Laura: ¿Con qué plata?

Licia: Con plata que tenía guardada.

Laura: ¿Te compraste una licuadora antes que devolverle la plata a tus amigas?

Licia: Me ayudaron.

Laura: ¿Quién?

Analía: No seas imprudente.

Laura: Ella es tan misteriosa.

Licia: Saben lo importante que era para mí esa licuadora así que se lo comenté y sin más vueltas me la compró.

Laura: ¿El peligroso?

Analía: ¡Laura!

Laura: Es una amiga y no voy a permitir que le pase otra vez. Ese hombre es un animal.

Licia: Bajaba del subte en la estación Pasteur.

Analía: ¿En la estación Pasteur?

Licia: Sentí otra vez calutrofobia y tuve que bajarme. Tenía tiempo así que caminaba despacio. Pude detenerme en una vidriera a mirar licuadoras. Las miraba

con mucho placer, el placer de no tener para comprarlas. Siento que alguien respira detrás mío. Creí entonces que lo mejor sería hacerme la interesante. Hasta que me tocó el hombro.

Analía: ¿Calutrofobia?

Laura: A mí me pasó lo mismo, en esa palabra me distraje y no pude seguirte.

Licia: Calutrofobia es cuando una se queda en un lugar sin aire porque empieza a imaginar que pueden pasar cosas terribles.

Laura: ¿Qué cosas terribles?

Analía: Eso es claustrofobia.

Licia: Eso que a mí me agarra siempre.

Laura: ¿Pero no te diste cuenta que era él por la forma de respirar?

Licia: Sí que me di cuenta.

Analía: Pero no enseguida.

Laura: ¿Vos cómo lo sabés?

Analía: Porque si no, no se hubiese hecho tantas ilusiones.

Licia: Me di cuenta enseguida. Igual me hice ilusiones. Son tantas las posibilidades para ilusionarse.

Laura: Pero él te maltrató tanto.

Licia: También me acompañó.

Laura: ¡Licia!

Licia: Sí. Cuando no podía más del dolor.

Laura: ¿El respiraba detrás tuyo como lo hizo siempre?

Licia: Sí. Respira tan bien. Ahora que hago natación puedo apreciarlo. Eso me atrajo profundamente.

Analía: ¿Que respire bien?

Licia: Sí. Pensé, si respira bien es buena persona.

Laura: ¿Antes respiraba mal?

Licia: No, no respiraba mal. Respiraba igual que ahora.

Laura: Me es tan difícil comprenderte. Sos tan contradictoria.

Analía: Como cualquiera de nosotras.

Laura: Pero ese hombre. Es tan peligroso.

Licia: Hacer natación hizo que descubriera cosas del mundo que antes para mí estaban ocultas.

Laura: Ese es un hombre malo.

Licia: Mientras él respiraba yo también pensé. Mucho. Hasta llegué a una conclusión. Cuánto que se puede pensar en poco tiempo.

Analía: ¿Lo perdonaste?

Licia: No. Planifiqué mi venganza. En un solo segundo yo ya sabía que él iba a tener que humillarse delante de mí.

Laura: ¿Ese monstruo humillado por vos apenas una ranita?

Eleonora: Laura, deberías leer algo más que literatura infantil. No sé, cualquier cosa. Trazá otras carreteras en tu cerebro que puedan llevarte a algún otro lugar que no sea el jardín de infantes.

Licia: ¿Se pasó la tristeza?

Silencio profundo.

Licia: ¿Dije algo malo?

Analía: No.

Eleonora: Laura, tenés que leer más.

Laura: Leo.

Eleonora: Poco.

Laura: Leo todo lo que me permite el astigmatismo.

Eleonora: Laurita. No seas agresiva y no mientas. Para vos leer sería muy importante.

Licia: Es cierto. Hasta te modificaría el lenguaje.

Laura: ¿Tan mal hablo?

Analía: Decís cositas tontas sin darte cuenta.

Laura: Creí estar a la altura de cualquiera de ustedes.

Eleonora: Es que tus amigas son muy generosas.

Laura: ¿Ustedes me recomiendan a alguien?

Eleonora: Algún escritor para mujeres melancólicas.

Laura: Yo no soy melancólica.

Licia: ¿A no?

Laura: No.

Licia: ¿Por qué entonces se incendió tu pieza?

Laura: ¿No entendieron cuando se los conté?

Analía: Más o menos.

Laura: A mí no me dolió el incendio. Me dolió su distracción.

Licia: Vos querés decir su despreocupación.

Laura: Eso. Quedarme sola otra vez. No tener para quién pensar.

Eleonora: Hablar.

Laura: ¿Cómo?

Eleonora: Con quién hablar.

Laura: No. Para quién pensar.

Licia: No se te entiende.

Laura: Pero es fácil; para quién pensar.

Eleonora: No cabe ninguna duda de que debe ser fácil pero ninguna de nosotras te comprende.

Analía: Yo sí la comprendo, es simple; alguien para quién pensar.

Eleonora: En quién pensar.

Analía: No. Para quién pensar.

Laura: Todos los pensamientos producidos durante el día que tengan un destinatario. Pero no todos y ni siquiera la mayoría deberán tenerlo a él como protagonista.

Eleonora: Eso es el argumento de un cuento de uno de estos escritores modernos. Lo que vos leerás deberá ser simple.

Analía: Eleonora, tomate un whisky estás algo exaltada.

Laura: Tal vez sea porque va ganando.

Eleonora: Casi siempre gano. Estoy acostumbrada.

Laura: Hoy es especial.

Eleonora: Eso me motiva más para ganar.

Licia: Para cualquiera de nosotras sería muy importante ganar, pero ninguna se pone tan agresiva como vos.

Eleonora: Discúlpeme. Fue un momento violento, todavía me queda la resaca.

Analía: Ya está, ya pasó.

Laura: Cuando del sillón rojo paso a la ventana y en la ventana la calma no está, hablo por teléfono con quien sea. Sueldos enteros con el sobre sin abrir que le di a la telefónica.

Analía: A mí siempre se me terminan los cigarrillos en plena noche para salir. El miedo a que roben me ayuda a dormir.

Licia: Pasaba por la puerta de la cancha de Ferro. Jugaban Argentinos y Racing. No iba a la cancha, pero. Lo vi con su uniforme y sus ojos. Me indicó donde para después sentarse a mi lado.

Eleonora: No debemos sentirnos lástima.

Laura: Cuando se te pasa enojo sos líder, así, sin proponértelo.

Licia: Sí. Pero te enojas con tanta facilidad.

Laura: Dejémosla. Es caprichosa como los genios.

Analía: Debo confesarles que temo ganar.

Licia: Que suerte que lo dijiste, a mí también me pasa.

Laura: A mí no, debe ser por eso que estoy perdiendo.

Eleonora: No quiero pensar que me están dejando ganar.

Licia: Nos sería imposible.

Eleonora: Que quede claro la que lo gana se lo queda.

Licia: ¿Por cuánto tiempo?

Eleonora: Todo el que pueda.

Laura: ¿Por qué no prendemos la radio?

Analía: ¿Para qué?

Licia: Para saber si lo están buscando.

Eleonora: Nadie me vio. Nadie sabe que está acá.

Analía: Nadie, por lo tanto, va a venir a buscarlo acá.

Licia: No puedo dejar de pensar en su soledad.

Laura: ¿Su soledad?

Licia: Debe estar muy solo.

Laura: Sin embargo, Eleonora contó que le costó porque no podía separarlo de la gente que lo esperaba.

Licia: Solo del alma.

Analía: Seguí preocupándote por cosas en las que ellos no piensan.

Eleonora: ¿Qué les gustaría hacer con él?

Licia: Yo quisiera que me arranque la ropa. Después untarle todo el cuerpo con dulce de leche y lamerlo.

Laura: Sería lindo si no fuera por.

Licia: ¿Si no fuera por qué?

Laura: Porque cuando terminás de untarlo después queda lamerlo y me imagino solo la espalda y me empalago.

Analía: ¿En ese momento? Fundiría Sancor.

Eleonora: Estoy en todo de acuerdo con Lauri.

Licia: E injusta conmigo. Pediste que contemos lo que haríamos con él, lo estoy haciendo. Soy la primera. Y vos me juzgás.

Eleonora: No te juzgo. Te prevengo.

Licia: ¿De qué?

Eleonora: La que gana se hace absolutamente responsable de él

Licia: ¿Con eso qué querés decirme?

Eleonora: Que si no hacen algo interesante para seducirlo, él se irá y nos denunciará.

Laura: Puede llegar a comprender que la que ganó es la que menos imaginación tiene.

Analía: ¿Estás proponiendo que rotemos?

Licia: No es mala idea.

Analía: No. Así nos aseguramos que no se vaya.

Laura: Además todas podemos fantasear más allá de la suerte que corramos con los dados.

Eleonora: No. La que gana se lo lleva y las que pierden se van a su casa y esperan hasta el domingo para enterarse de lo que pasó.

Analía: Es autoritario.

Laura: Nos impedis la posibilidad de seguir fantaseando aún perdiendo.

Eleonora: ¿Vos lo decís? Seguro que sos la más perjudicada.

Licia: No seas discriminatoria. Ella es tal vez la que más imaginación tiene de todas nosotras.

Analía: Votemos.

Laura: Para qué, es obvio que tres estamos de acuerdo y una no.

Licia: Votemos, así después no hay lugar para arrepentimientos.

Analía: Yo voto por continuar la ronda, en caso de que a él no le guste la ganadora.

Licia: Yo voto lo mismo.

Eleonora: Yo voto que la ganadora es la única que tiene la posibilidad de quedarse con él o perderlo y además quiero agregar que me parece injusto para la ganadora quitarle la posibilidad de perderlo.

Laura: Lo perdería igual.

Eleonora: No. Si se entera de que otras lo están esperando, puede cambiar, de vicio.

Laura: En ese caso es doble desafío para la que lo tiene. Estás obviando la posibilidad de que él se pueda enamorar.

Eleonora: Laurita. Lo hice porque no hubiese soportado una llamada más de cualquiera de ustedes entre semana.

Licia: Lauri, ¿vos que votás?

Laura: Voto que él elija.

Licia: Muy bien, ganamos.

Laura: No. Somos dos contra dos.

Analía: Dijiste que él elija.

Laura: Pero sin jugar.

Licia: ¿Nos estás proponiendo que los soltemos y que él elija?

Laura: Sí.

Analía: Se iría.

Laura: No. Le hablamos. Le contamos de qué se trata y seguro que se engancha.

Eleonora: Romperíamos una tradición.

Licia: Perdoname, pero no estoy de acuerdo.

Analía: Me opongo rotundamente.

Laura: Bueno. No dije nada.

Eleonora: ¿Pero qué votás?

Laura: Que la ganadora vaya primero con él, si él se aburre o no le gusta o no se siente tratado como cree merecerlo, ahí sí él elige con quién quedarse.

Licia: No estoy de acuerdo, creo que la segunda debe probar y si la deja, ir la tercera.

Laura: ¿Y la cuarta?

Analía: ¿La cuarta?

Licia: Prueba, como cualquiera.

Laura: ¿Y si se aburre de la cuarta?

Eleonora: Es increíble. No las aguanto más.

Licia: Pero ¿por qué, qué hicimos?

Eleonora: Estamos resbalando por las escaleras enjabonadas de la melancolía.

Analía: Tiene razón. Propongo que aceptemos el paso.

Laura: ¿El paso?

Analía: Sí. Primero pasa la primera, después la segunda, después la tercera y después la cuarta y si ninguna le gusta, es un imbécil.

Eleonora: Ese pensamiento me encantó, me llena de adrenalina. Festejemos este cambio de mentalidad. Este salto imprudente hacia las tierras movedizas del progreso.

Licia: Me siento mucho más viva.

Analía: Podríamos proponerle ir las cuatro.

Eleonora: No me parece mala idea.

Licia: Sí pero después de probar de a una. Esta nueva idea me excita tanto que tengo que tomarme una copita de licor.

Analía: Me imagino sus labios carnosos recorrer mi cuerpo como un arado la tierra tierna, para después con su lengua sembrar el placer que cosechará con sus manos.

Eleonora: Festejemos la metáfora agrícola de Analía.

Licia: ¿Cómo son sus dedos?

Eleonora: Grandes.

Licia: Muy grandes.

Eleonora: No podría precisarlo tan rotundamente.

Licia: ¿No son grandes?

Eleonora: Son grandes. Muy depende de tu escala de valores.

Licia: Es importante. Muy importante.

Eleonora: ¿Por qué es tan importante el tamaño de sus dedos?

Licia: Justamente. Tiene que ver con la relatividad del tiempo. Para una mujer siempre es más largo.

Laura: No sería bueno perder la elegancia.

Eleonora: Es cierto, fue un exabrupto al que nos llevó la bebida.

Licia: Perdón.

Laura: No. Lo dije para que estemos más atentas, no como un reproche, mucho menos como prohibición.

Analía: ¿Seguiste viendo a esa mujer?

Eleonora: Sí, la seguí viendo. Casi siempre en la escalera ya que el ascensor estaba la mayor parte del tiempo en reparación.

Laura: ¿A ella se le notaba algo en la mirada?

Eleonora: No. Siempre derrochó simpatía para mí. Yo presentía la amistad que después cosechamos.

Laura: ¿Se la veía triste?

Eleonora: Sí. Aunque pensándolo bien puede ser que yo la viera triste porque me convenía.

Analía: No. Te convenía verla contenta.

Eleonora: ¿Por qué?

Licia: Si vos te encontrabas con el marido en la terraza.

Eleonora: No me encontraba más con su marido desde que me había enterado que era su marido.

Laura: No te hubieses sentido culpable si ella hubiese estado contenta. Al menos no le hacías mal a nadie.

Eleonora: Es cierto, en ese momento no lo pensé. Pero la veía triste. Hasta empecé a verla cada día peor vestida.

Laura: ¿Antes se vestía mejor?

Eleonora: No. A mí no me gustaba como se vestía. Usaba, por ejemplo, una camisa azul, un pantalón de cuero negro y corpiño rojo.

Analía: ¿Se le veían?

Eleonora: Las tetas.

Analía: Sí.

Eleonora: No. Pero usaba la camisa abotonada de tal forma que parecieran grandes.

Licia: Eso excitaría al marido.

Eleonora: Exacto.

Laura: Todo ingeniero lo primero que mira son las tetas de una mujer.

Eleonora: Se quedó pegado con sus tetas y se frustró.

Analía: ¿No eran tan grandes?

Eleonora: No.

Laura: ¿Por qué a los hombres les gustarán tanto los senos de las mujeres?

Analía: Les gustan las tetas grandes. Y es entendible.

Laura: ¿Entendible?

Analía: Unas buenas tetas excitan a cualquiera.

Licia: Pero es una paradoja.

Analía: ¿Por qué una paradoja?

Licia: Porque les quita movilidad en la cama.

Laura: Eso es mentira.

Licia: No quise ofenderte.

Laura: Estoy orgullosa de mis senos.

Eleonora: Ahora no fanfarronees, que te escuché llorar varias veces por el tamaño de tus tetas.

Laura: Aprendí a usarlas.

Analía: ¡Qué bien! Un día podés enseñarme.

Laura: Solo tuve que detenerme a escuchar mi cuerpo cuando los hombres en la calle derrochaban piropos para mí.

Eleonora: ¿Y qué te dijo tu cuerpo?

Laura: Me mojaba.

Analía: Laura.

Laura: ¿Qué?

Analía: Nada.

Laura: ¿Me excedí?

Analía: Un poco. Pero tan hermosamente que creo a ninguna le importó.

Licia: No a mí.

Laura: De todos modos pude haberme expresado de manera diferente.

Eleonora: No vamos ahora a juzgarte por un exabrupto.

Licia: No, cualquiera lo puede tener, más en esta situación.

Analía: A la lencería vienen mujeres de todas las edades. Algunas piden corpiños de un talle más grande y otras en cambio un talle más chico.

Laura: Sí. Eso sucede.

Analía: Pero el otro día vino una mujer de unos hermosos ojos celestes. El pelo corto. Sonreía. Quiero un soutien, me dijo.

Licia: ¡Qué afectada para hablar!

Analía: Lo hacía muy bien. Cuál es tu talle, le pregunté. Me dijo el número. Le traje el corpiño. Ella se lo probó, salió del probador y me pidió uno más chico. Se lo traje, se lo probó. Tardó bastante. Me lo devolvió y me pidió uno más chico. Se lo di. Me extrañó que pida corpiños cada vez más pequeños cuando yo consideraba que el primero que le había dado ya debía quedarle chico. Salió. Los compró a todos.

Eleonora: ¡Qué extraño!

Licia: Debería tener hijas.

Analía: No. Era excesivamente jovencita como para tener más de una hija.

Laura: Sobrinas, madre, abuela, tías. Por casualidad no sucedió cerca de las fiestas.

Analía: A los quince días volvió. Tenía una remera negra sin mangas. Tenía puesto el primer corpiño que yo le había vendido. Sus senos como yo había imaginado estaban algo ajustados dentro de ese corpiño. Pero le quedaba tan bien. El sol rebotaba en la superficie de los senos. Piel tersa y rosada, sobresalían, por la presión de la remera. No me sacaba los ojos de encima. Se rió y me pidió una bombacha, le pregunté qué número quería, me dijo, se probó la primera y me pidió una más chica. Tardó en probársela. Salió y me pidió una más chica. Estaba absolutamente azorada, transpiraba, tenía taquicardia, quería entrar al probador y besarla, besarla desesperadamente. Agarrar con mis manos esas tetas como duraznos, me imaginaba mordéndolos y su jugo chorreando hasta llegar a su sexo lleno y yo vaciándoselo. Besé sus muslos tensos, mordí sus rodillas, con mi dedo frotaba su clítoris y ella gemía, un gemido acompasado como una canción espesa y

perfumada, fuertemente perfumada, olía a jejenes suicidándose en mi nariz. Me saqué toda la ropa y cuando estuve desnuda ella salió. Me miró algo sorprendida y me preguntó cuánto es. Le cobré así, desnuda y llorando de vergüenza.

Eleonora: Algo fuerte para todas.

Licia: Un whisky para mí.

Laura: Tengo frío.

Eleonora: Tomemos mate, me parece es lo mejor.

Analía: Agua.

Laura: Sí, agua para todas.

Licia: ¿Les dije que posiblemente consiga unos pasajes para Bariloche?

Laura: ¡Qué lindo! ¿Para cuándo?

Licia: En realidad ya los tengo.

Eleonora: ¿Y por qué no te fuiste antes?

Licia: No encontré motivos.

Laura: ¿Motivos? Irse de la ciudad ya es un motivo para entusiasmarse.

Licia: Lo pensé apenas recibí el pasaje. Pero no me alcanzó. Porque después, al volver sentiría el mismo vacío que siento ahora.

Eleonora: No es fácil entenderte. Tenés un viaje a Bariloche y no te querés ir porque pensás en lo que te va a pasar cuando vuelvas. ¿No podés ir sin pensar?

Licia: No. Estoy triste.

Laura: Con más razón, yéndote te cambiaría el ánimo.

Eleonora: Laurita tiene mucha razón. Yo agregaría que si te vas, quizá el cambio de aire te mejore el ánimo.

Licia: Nada puede mejorar mi ánimo.

Laura: Ahora estás un poco más ilusionada.

Licia: Sí. Es cierto, no quise desmerecer a Eleonora. Hoy estoy más ilusionada.

Eleonora: Pero viajar. Que es algo mucho más concreto.

Laura: Nada es más concreto que un hombre.

Licia: Es cierto. Por eso ahora estoy mucho más ilusionada.

Eleonora: Pero esto, vos en el momento que recibiste el viaje, no lo sabías.

Licia: Cuando recibí el pasaje estaba en mi peor momento.

Laura: ¿Por lo de las fotos?

Licia: Sí.

Eleonora: No me explico como pudiste deprimirte por semejante estupidez.

Laura: Yo tampoco. Una mujer como vos, tan talentosa.

Licia: No es el talento. Si no cómo se fue desarrollando la situación.

Eleonora: Pero vos sabías que con solo dejar la carpeta no iba a alcanzar.

Licia: Sí. Me sirvió mucho lo que hablé con ustedes. Entonces fui, dejé la carpeta y esperé. Tranquila. Hasta que me llamaron.

Laura: Habías ido a esa agencia. ¿Cómo?

Licia: ¿Cómo, cómo?

Laura: ¿Por el diario?

Licia: Sí.

Laura: Con más razón.

Licia: ¿Con más razón qué?

Laura: Por el diario todo es improbable.

Eleonora: Laurita está en lo cierto.

Licia: Sé que si yo no fuese una mujer tan inhibida todo me hubiese resultado menos deprimente.

Eleonora: Son lindas pero tontas.

Licia: Es cierto. Tuve reparos porque eran más lindas que yo.

Laura: Por algo son modelos.

Licia: Hubo algo que no les conté.

Eleonora: Y ahora tenés ganas de contarlo.

Licia: Sí.

Eleonora: Bueno, dale, hazlo.

Licia: Llegué a la agencia.

Laura: Dónde queda la agencia?

Licia: En la calle Charcas.

Laura: ¿Charcas y Anchorena?

Licia: Sí.

Laura: ¿Charcas 1.223?

Licia: Sí.

Eleonora: ¿Conocés esa agencia?

Laura: Sí.

Licia: ¿Se propasó con vos?

Laura: No.

Eleonora: ¿Que fuiste a hacer a esa agencia?

Laura: Fui a dejar unas fotos.

Eleonora: ¿Fotos tuyas?

Laura: De mis senos.

Eleonora: ¿Tus tetas?

Laura: Sí.

Licia: ¿Quién te sacó las fotos?

Laura: Vos le habías dado mi teléfono a un muchacho que trabajaba como iluminador en un teatro, él me llamó. Fui con él a ver una obra que no entendí.

Licia: Sabés que no me puedo acordar a quién le di tu teléfono.

Laura: A Mariano Tozziano.

Licia: ¿Al hermano del de la agencia?

Laura: No, ése es Tizziano y éste Tozziano.

Licia: ¡Qué parecido!

Laura: Bueno. El estaba haciendo unas fotos para un concurso y yo no tenía nada que hacer cuando acepté ser la boletera del teatro. El fotografiaba tetas. Un día me dijo; Me prestás tus tetas. Sí, le contesté yo, por nervios. El se rió, me dijo; te agradezco la confianza, todavía no sabés para que las quiero y ya me las das, le dije es que imaginé que no les harías nada malo. Nunca, me dijo. Fue muy importante ese momento para mí, estaba tan triste porque nadie me pedía que actué en ninguna de sus obras. Había tantos dramaturgos jóvenes y lindos. Hacían mesas redondas, yo llevaba las tortas que vos me ayudabas a hacer Analía. Pero nunca nadie jamás me llamó. Me inquietó tanto la propuesta. Mi cabeza no paraba de producir imágenes. Me compré corpiños. Cremas especiales para los pezones. Me bañaba todos los días. Tardó solo una semana en llamarme por teléfono. Hasta ese momento yo no lo había mirado mucho, no me preocupaba por él, pero a partir de ese momento no dejé de hacerlo. Nuestra relación sin embargo se ahogaba lentamente en el silencio, no nos hablamos, él tan solo me guiñaba un ojo. Hasta que me llamó. Yo me estaba bañando, atendí igual, desde que había recibido la propuesta yo atendía siempre el teléfono, estuviese donde estuviese.

Eleonora: Antes no era así. Te acordás cuando no atendías el teléfono. Algunas veces te llamé desesperada.

Laura: Bueno. Perdoname.

Licia: Cuando te sacó las fotos, ¿estaban vos y él solos?

Laura: Mojada salí del baño. No me preocupaba mojar el parqué mientras hablaba, estaba muy nerviosa, pero nervios lindos. Me citó en su casa.

Eleonora: ¿Dónde queda?

Laura: En Jean Jaures al 200.

Eleonora: Cerca.

Laura: Sí.

Licia: ¿Cómo estaba vestido él cuando llegaste?

Laura: Con una camisa verde y un pantalón de fajina, no militar, de obrero. Lo vi y me gustó. Eso hizo que fuese mucho más difícil. Por mi cabeza, mientras tomaba café y reía tontamente sin poder pronunciar palabra, ya que tenía la garganta quebrada, pasaban infinitas imágenes de él subido a la escalera sin remera, flaco pero fibroso, antes lo veía encorvado y eso me molestaba, ahora me parecía perfecto, su curvatura era ideal. Tenía el pelo mojado. Pensé, se bañó para besarme. Terminamos el café y me dijo ¿empezamos? Inmediatamente me saqué la camisa. Perdoname. Ponétela otra vez, prefiero empezar a sacarte las fotos con camisa, me encanta el color, además, me la puse, me pareció genial la propuesta, empezaba a soltarme y a hablar. Hablé y hablé, casi sin darme cuenta estaba en bombacha frente a un hombre con el que apenas me saludaba, haciendo poses osadas. El se acercó y me sacó, sin que yo me inmute, la bombacha. Era ya de noche y como él no hacía nada decidí que ése era el momento, así que cuando él se acercó para mojarme los senos con un kiwi le besé la mano. Fue muy comprensivo, se sentó al lado mío y.

Analía: Basta, no sigas, por favor.

Eleonora: ¿Por qué nunca lo contó?

Licia: Sí. Dejala terminar, no seas autoritaria.

Analía: Ustedes no sean morbosas.

Licia: ¿Sabés el final?

Analía: No. Pero lo puedo imaginar.

Eleonora: Necesito el final.

Laura: Fue comprensivo. Me habló de su novia. Así que nos besamos, muy concentrados hicimos muy bien el amor sabiendo que era la última vez.

Licia: Terminó bien.

Laura: Yo no pude contener mi nostalgia por eso fui a llevar las fotos para recordar.

Analía: ¿Ahora lo extrañas?

Eleonora: Es probable. Pero extraña algo que ya tuvo.

Licia: Tiene el recuerdo en el cuerpo.

Laura: Sin embargo el agujero en mi alma sigue estando.

Eleonora: Porque no lo querías.

Laura: Después lo supe.

Analía: Porque él te abandonó decidiste no quererlo.

Laura: No.

Licia: Es cierto, puede que ella se haya dado cuenta que no lo quería cuando dejó de verlo.

Eleonora: Eso no quita que lo siga extrañando.

Analía: De él dependía el esfuerzo para que siguiese el amor.

Licia: Lo que estás diciendo es demasiado improbable.

Eleonora: Además es falso, ella no lo quiso nunca. De eso ya se dio cuenta.

Laura: Sí. Recién me di cuenta. Cuando terminé de contarle.

Analía: Sigo sin creerle.

Licia: Estás muy dolida por lo que te pasó a vos.

Analía: Lo mío fue un exabrupto.

Licia: No. No lo expliques. Fue lindo escucharte.

Eleonora: Es muy grande.

Laura: Qué.

Eleonora: Tu agujero.

Laura: Sí.

Eleonora: Seguro. No sé si te sirve pero ahora me doy cuenta porqué dejaste que volviera después del incendio.

Laura: Estás malinterpretando lo que me sucedió.

Eleonora: Perdoname.

Laura: No. No es nada. Quería aclarártelo para además aprovechar y aclarar lo que en verdad sucedió. Fueron sus ojos.

Licia: Tenía una mirada penetrante, es cierto.

Laura: No la mirada. Sus ojos.

Licia: Bueno.

Laura: La mirada. La esencia de la mirada es la intención, no los ojos. Yo hablo de la cosa.

Licia: Yo quise decir, antes, pero no me animé, que sus ojos eran lindos.

Laura: No solo lindos.

Eleonora: Qué tenían sus ojos.

Laura: Eran ojos de personas buenas.

Licia: De persona buena.

Laura: No, él era varias personas con ojos de buenas.

Eleonora: Pero te pegó.

Laura: Eso no justifica lo que yo hice después.

Eleonora: Nada justifica lo que hacemos.

Licia: ¿Dejaste de verlo?

Eleonora: No.

Licia: ¿Los espiabas?

Eleonora: Una mañana yo salía apurada, él estaba arreglando sus expensas con el portero, yo salí sin saludar.

Laura: ¿Lo habías visto?

Eleonora: Sí. Pero no quise saludarlo. Fue un error. Él hizo un comentario irónico.

Licia: ¿Qué comentario hizo?

Eleonora: ¿Ahora ya no se saluda más?

Laura: No le contestaste.

Eleonora: Lo pensé, pero ya había decidido no relacionarme más con él. Hasta dejé de ir a las reuniones de consorcio.

Laura: Te habías enamorado.

Eleonora: Todavía no lo sé.

Analía: Después del saludo fallido lo volviste a ver.

Eleonora: En el ascensor. Venía distraída, no lo vi al entrar, si no, subía por la escalera. Todo el viaje fui excesivamente simpática. Para despistar, pero él se desilusionó.

Laura: Era lo que buscabas.

Eleonora: Evidentemente no.

Licia: ¿Estás confundida ahora?

Eleonora: Más que nunca.

Laura: ¿Si lo vieras que harías?

Eleonora: Sucedió mucho entre nosotros después del encuentro en el ascensor.

Silencio largo.

Eleonora: Cuando vengo cargada del coto siempre elaboro un pensamiento, ojalá venga un hombre y me ayude, ese pensamiento me entretiene todo el trayecto y se me hace más fácil sobrellevar el peso de las bolsas. Pero esta vez sucedió. Sentí que una mano sostenía la mía y me hacía todo mucho más liviano. Me sentí leve. Un auto rojo cruzó, dobló en ese momento en la esquina, no recuerdo la marca porque no los conozco pero verlo fue un condimento de mi placer. Sin hablar caminamos casi una cuadra hasta que reaccioné y le dije estaba pensando en vos. Lo sabía, me contestó él, nos reímos, me acompañó a mi casa, por supuesto una vez arriba le dije si no quería tomar un café, él aceptó. Hablamos muchísimo.

Silencio largo.

Eleonora: De su trabajo. Me contó cómo medían los edificios y después una anécdota muy graciosa con un metro que él tuvo que sostenerle al jefe y le daba bronca. Su bronca, la manera que encontró para expresarla resultaba graciosa.

Silencio largo.

Eleonora: No. No hablamos de nosotros. Fue peor. Porque la conversación fluía tan naturalmente, era tan gozosa, que no podía dejar de pensar; cuando dejará de hablar para besarme.

Laura se para, va hacia el centro de la escena, se toma el rostro tratando de dar una imagen trágica y se larga a llorar desesperadamente.

Licia: ¿Qué te pasa?

Analía: Los silencios fueron insoportables.

Eleonora: Nos besamos mucho después, Laurita.

Analía: ¿Ella lo conoció?

Licia: ¿Lo conociste?

Eleonora: Con su silencio nos está diciendo que la dejemos en paz.

Analía: Los gatos pueden estar un día sin comer.

Licia: No dudes de su amor. Cuando les cuentes ellos van a entender.

Laura: No es nada de eso. No soporto más. Esto me parece una gran estupidez.

Eleonora: No te lo voy a permitir.

Analía: Dejala que se descargue.

Licia: ¿Preparo una sopita?

Eleonora: Buena idea.

Licia sale.

Analía: Licia, ¿te maltrató?

Eleonora: Analía. Nos hubiésemos dado cuenta.

Analía: Sabemos que Licia tiene una mirada muy potente.

Laura: Somos cuatro mujeres maduras.

Eleonora: ¿Y con eso qué?

Laura: No tenemos por qué humillarnos tanto.

Analía: ¿Nos estamos humillando porque tratamos de estar un poco menos tristes?

Laura: Somos todavía lindas.

Eleonora: ¿Alguien lo dudó?

Laura: Quiero decir que tenemos armas suficientes para conseguir hombres por nuestros propios medios.

Eleonora: Es cierto que estoy a punto de ganar, pero eso no te quita posibilidades, todavía nos falta mucho para terminar el juego.

Laura: No quiero jugar más a este juego estúpido.

Analía: Nosotras vamos a seguir. Me parece, ¿no, chicas?

Licia: Acá tenés el caldito, esto te va a ayudar hace varias horas que no comes y estás nerviosa.

Eleonora: Analía y yo seguimos jugando, ¿vos que hacés, Licia?

Licia: Lauri ahora va a tomar su caldito y va a recapacitar.

Laura: No quiero el caldito.

Licia: No le puse nada. Tomalo aunque nos abandones y tengamos que empezar todo el juego de nuevo con el riesgo de que este negro se despierte y nos mate a todas.

Laura toma el caldo.

Analía: ¿Qué pudo hacerte cambiar de opinión tan rápido?

Laura: No fue un cambio tan rápido.

Eleonora: ¿Hace cuánto que venís elucubrando la idea de abandonarnos?

Laura: No las abandono, solo quiero hacerlas reflexionar.

Analía: Muy bien. Veamos, lo que vos querés es que larguemos a este negro a la calle.

Eleonora: La única que hizo el esfuerzo soy yo. Ustedes no se anoten. No hicieron nada.

Analía: No te enojés con nosotras. Las que no queremos abandonarte.

Licia: Eleonora, vos no nos preguntaste si nosotras queríamos raptarlo.

Eleonora: No. ¿Por qué?

Analía: ¿Nos estás preguntando a nosotras?

Eleonora: Sí.

Licia: Porque te hubiese resultado complicado llamar a cada una de nosotras.

Eleonora: No.

Laura: Lo intentaste pero el teléfono te dio ocupado.

Eleonora: No.

Analía: No lo sabemos.

Eleonora: Porque se hubiesen negado.

Analía: Nos estás subestimando.

Laura: Claro que me hubiese negado. Me niego ahora porque en su momento no fui consultada.

Licia: Yo hasta te acompañaba.

Eleonora: Tenía los codos apoyados en el marco de la ventana. Relajé la mano. La izquierda. Sobre la palma dejé descansar mi cabeza. Después de un rato mi oreja se calentó. Sentí el calor. El calor en mi oreja y la mano que comenzó a dormirse fundamentaron mi desesperación. En ese estado lo vi cruzar la calle, volvía de pasear con su hijo. Llevaba el changuito con tanto amor. Una tristeza ácida hacía que mis encías ardiesen y sintiera cosquilleos en mis dientes. Leí el diario y me enteré que venía, tuve la imagen que ahora para todas nosotras es la realidad y no pude parar de reír. Reí como una loca con todo mi cuerpo desarticulándose como un orgasmo, pero uno de los verdaderos. Así que ya ven, no pude resistirme.

Licia: Si me llamabas hasta te hubiese ayudado.

Eleonora: Ninguna hubiese venido. Es más, hubiesen hecho lo imposible para detenerme a mí también. Todo lo conté para que me comprendan.

Analía: Cualquiera de nosotras es capaz de hacer lo mismo.

Laura: No soy como ninguna de ustedes. Nunca fui atrevida. A mí las cosas me sucedieron por mis tetas. Sí, porque son grandes y el mundo todavía es de los hombres y ahora que soy madura puedo agradecerle a Dios que les gusten tanto las mujeres con tetas grandes. Porque si no, no sé que hubiese pasado conmigo.

Analía: Por lo que sea Laura, te fue bien en la vida, ¿por qué ahora querés abandonarnos?

Laura: No quise decir eso.

Licia: Pero lo dijiste.

Analía: Tenés que comprender Laurita que si te vas tendríamos un grave inconveniente.

Laura: ¿Por qué?

Eleonora: Raptamos a un hombre.

Laura: Vos lo raptaste.

Eleonora: Ahora vos sos mi cómplice.

Laura: Eso quiere decir que me tiene encerrada. No se preocupen, puedo irme. Saben de sobra que yo no abriría la boca.

Eleonora: De eso no puedo estar tan segura.

Analía: Me parece que estamos exagerando. Estamos viviendo una aventura excitante nada más, no una película de bandidas. Así que si querés irte Laurita, podés hacerlo.

Laura: No. No quiero irme, solo quería que recapacitemos.

Licia: Estamos jugando.

Laura: Pero un juego demasiado arriesgado.

Eleonora: Quería que nos dijese eso. Porque antes dijiste que ésta era una situación estúpida.

Laura: Tengo miedo de ganar.

Analía: Todas lo tenemos.

Licia: No. Van pasando las horas y cada vez tengo más ganas.

Eleonora: Eso es lindo.

Licia: Bueno Lauri, ¿que hacés? ¿Te vas o te quedás?

Analía: Al decirle Lauri la hacés dudar. Laura, ¿qué hacés? Decidilo ya.

Laura: Me quedo.

Licia: Muy bien Lauri. Ahora puedo decirte Lauri.

Analía: ¿Por qué te quedás?

Licia: Porque quiere.

Analía: Tengo derecho a sospechar.

Licia: Toda decisión es un secreto.

Analía: Eso es una pavada.

Laura: Mi miedo no es un miedo simple. Mientras jugábamos y hablábamos casi sin darme cuenta lo imaginé. Entre mis sábanas primero y estuvo bien, muy bien. Después imaginé un domingo cualquiera. Al pensar en jugar después de esto no encuentro algo que lo supere. Imaginé pasear con él por Caminito. Mi mano envolviendo su brazo musculoso. Y me sentí feliz, muy feliz.

Eleonora: ¿Estás diciendo que lo querés?

Laura: No. No es para tanto pero sé que puedo llegar a quererlo. Solo se trata de dejar que el tiempo pase sin grandes sobresaltos.

Analía: Esto es peor.

Licia: ¿Peor que qué?

Analía: Peor que irse.

Licia: ¿Qué es lo peor que irse?

Analía: Quererlo.

Eleonora: Pienso todo lo contrario. Su querer le pone un condimento más al juego.

Licia: No sé si es mejor.

Analía: He querido. Mucho. Por eso sufro. Sufro todo el tiempo. A veces el hastío alambra mis instantes y no puedo dejar de verlo, todo se tiñe de hastío, el azúcar, la taza, la cucharita y hasta el té que tomo para curarme del hastío.

Eleonora: Hubiste querido bien. Ahora debe renacer la esperanza de volver a querer.

Laura: No sé si lo querré a él. Sé ahora que puedo llegar a quererlo.

Analía: Ahora que lo pienso; puedo llegar a quererlo.

Licia: Yo no estoy en condiciones de negar esa posibilidad.

Eleonora: No lo traje para que se enamoren. Yo lo vi y puedo asegurarles que otra cosa más que el cuerpo de él no sirve nada.

Silencio.

Eleonora: Además ahora los hombres están esperando que los salvemos a ellos.

Laura: Es cierto lo que dice Eleonora. Hoy estoy aprendiendo mucho.

Eleonora: Es bueno que lo reconozcas.

Licia: Sí.

Analía: Habiendo tantos hombres, debe haber también más posibilidades.

Licia: Descubrimos algo. Eso me emociona.

Laura: Sí, que los hombres ahora esperan a una mujer que los cuide.

Licia: No, otra cosa. Algo que nos llena los ojos de lágrimas.

Eleonora: Que al menos una de nosotras, en menos de 24 horas va a tener un hombre desnudo en su cama.

Analía: Eso es para que los ojos se ahoguen en lágrimas.

Licia: No, otra cosa.

Eleonora: Qué?

Licia: Lo que nos produce taquicardia.

Eleonora: Por favor decinos qué es.

Licia: Todas encontramos alguien a quien querer.

Analía: Ese es un problema grave. Quizá ahí esté nuestro conflicto.

Eleonora: Es grave pero no es para tanto.

Licia: Quién las entiende. Hace una semana lloraban porque no tenían a quien querer.

Analía: ¿El domingo pasado quién ganó?

Laura: Ninguna. No pudimos terminar el juego.

Laura: Eleonora. Vos te descompusiste, ¿te acordás?

Eleonora: Sí que me acuerdo.

Licia: ¿Me escucharon bien? Tenemos a alguien para querer.

Analía: Aunque más no sea desnudar.

Eleonora: Muy bien, Analía.

Analía: Me extraña que te sorprendas. Sabés cómo pienso.

Eleonora: Desde hace tiempo estás algo cabizbaja.

Laura: Todas deberíamos estarlo.

Licia: No.

Laura: Todas queremos. Y mucho a un mismo hombre.

Eleonora: Si lo tomamos con sabiduría puede resultar un exquisito condimento para terminar la partida.

Analía: ¿Qué sería tomarlo con sabiduría?

Eleonora: ¿Cuánto hace que no fluye por nuestra sangre un porcentaje tan alto de adrenalina?

Laura: No quisiera que nos lastimemos entre nosotras.

Eleonora: No tenemos porqué hacerlo.

Analía: Otra herida en el alma para cualquiera de nosotras puede resultar fatal.

Laura: No.

Eleonora: Hoy, Laura, debo decirte que no dejás de sorprenderme ni un instante.

Laura: Ninguna tiene porqué guardarse la herida.

Analía: Lo que estás diciendo es demasiado idealista.

Laura: No. Podríamos pagarle.

Licia: ¿Pagarle?

Laura: Sí. Empezamos jugando para encontrarnos como comenzó a resultarnos aburrido el juego así, por nada. Decidimos jugar por algo, por plata nos resultó vulgar, así que pusimos premios. ¿Cómo conseguimos los premios?

Analía: Sí. Pero esto no es lo mismo.

Laura: ¿Cuál es la diferencia?

Licia: Nos sería imposible pagarle.

Laura: ¿Por qué?

Eleonora: Debe ser carísimo.

Laura: ¿Alguna tiene esa certeza?

Eleonora: No entiendo porque el dinero anularía el dolor.

Laura: Muy simple. No existiría el amor.

Eleonora: Ahora tampoco existe el amor.

Eleonora: No. Hasta ahora no. Pero estamos en la frontera.

Eleonora: Quiero que nos quede claro un concepto; no vamos a pagarle a nadie para que calme nuestras ansiedades.

Laura: Entonces solo la ansiedad de una, en el mejor de los casos se calmará, mientras las demás tendremos ansiedades nuevas.

Analía: Tu idea es brillante y fría Laura. Tan fría que todavía sigo sin creer que pueda salir de tu boca.

Laura: Está saliendo, Analía; no fue necesario todo el tiempo que utilizaste en desvalorizarme. Fue un montón de tiempo perdido.

Eleonora: Laura. Tu idea es absolutamente mediocre. Te voy a decir porqué; primero él jamás aceptaría quedarse por plata.

Laura: ¿Cómo lo sabés?

Eleonora: Porque es multimillonario y a todas nosotras nos cuesta un horror pagar nuestras expensas.

Laura: Para que se quede deberemos seducirlo de todos modos, pagándole o no.

Licia: ¿Para qué querés pagarle entonces Laurita?

Laura: Para no comprometerme con él.

Eleonora: ¿No podés divertirte sin comprometerte?

Laura: No.

Analía: Yo sí. Pero no en este caso.

Eleonora: ¿Todas están de acuerdo con pagarle?

Licia: Yo no. No quiero pagarle a nadie para que se quede conmigo.

Laura: No le pagás para que se quede con vos. Le pagás para no enamorarte de él.

Licia: No le pagaría simplemente por dignidad.

Laura: ¿La dignidad de quién?

Licia: Mi dignidad.

Laura: ¿Tu dignidad no se destiñe habiéndolo raptado?

Licia: Yo no lo rapté.

Eleonora: Esa no es la esencia de la discusión.

Analía: No le encuentro sentido a esta discusión.

Laura: Si no le pagamos la que lo gane deberá exponerse mucho y las que pierden deberán soportar la tristeza. Porque ninguna puede negar que ya estuvo fantaseando con él.

Eleonora: Una más.

Laura: Estamos ilusionadas, es innegable.

Analía: Deberíamos.

Silencio.

Eleonora: ¿Sí?

Analía: No sé qué iba a decir.

Licia: Laura dijo que estamos ilusionadas.

Analía: ¿Y eso es malo?

Licia: Por supuesto que no.

Analía: Estamos estancadas en una discusión solo por una ocurrencia de Laurita.

Laura: No quiero que agreguemos un sufrimiento más a nuestras vidas.

Eleonora: Ya es un sufrimiento.

Analía: Tan contentas que estuvimos en un momento y ahora de repente estamos otra vez tristes.

Laura: Somos cuatro mujeres tristes.

Licia: Con derecho a una alegría, por lo menos.

Laura: Mi ocurrencia. Porque es cierto, Analía, es una ocurrencia. Se me ocurrió que pagando evitaríamos nuestra tristeza.

Analía: Es imposible evitar la tristeza, es nuestra.

Laura: Esa de la que vos hablás ya la conocemos. Puede mutar.

Licia: Mi primo colgó el espejo en la pared, frente a la cama. Cuando me desnudo, antes de acostarme, ocupo el tiempo que me sobra, mirándome. Por la ubicación del espejo logro ver todo mi cuerpo. Pero aunque cuelgue espejos por todos los rincones de la habitación no podría ver jamás, aunque ese tiempo resbaloso pero

infaltable mute. Ese cuerpo que ya no es más mío, ese cuerpo que me roban, ese cuerpo que me arrebatan ojos imprudentes, ingenuos de mi pudor. Ese cuerpo es mío y no podría engañarme si lo compro.

Laura: Te entiendo. Porque ya estás ilusionada. pero si vos ganás y él no quiere quedarse, tu dolor haría de tu cuerpo un shopping de sufrimientos.

Eleonora: En caso de pagarle. ¿Cuánto le pagaríamos?

Licia: ¿Cuánta plata nos queda de los ahorros?

Analía: Esos ahorros no los podemos tocar.

Eleonora: ¿Por qué?

Analía: Son para comprar un premio que nos estimule cuando ya nada más pueda hacerlo.

Laura: Creo que aunque nos duela deberíamos aceptar que ese día nos ha llegado.

Licia: Estoy de acuerdo.

Analía: ¿No nos puede ilusionar otra cosa que no sea un hombre?

Eleonora: ¿Te parece poco?

Licia: ¿Cuánta plata nos queda?

Eleonora: Diez mil pesos.

Licia: Deberíamos darle mil.

Laura: ¿Por qué mil?

Licia: Es lo que se cobra.

Eleonora: Licia.

Licia: La noche es el momento que los días aprovechan para hablar, a veces susurran dulces palabras, esas palabras cuando se repiten nos empalagan, entonces las cambiamos por otras más sabrosas, éstas son peligrosas, están afiladas, a veces trozan el aburrimiento y nos dan las partes jugosas, a veces, las secas. Esas palabras son imposibles de dejar de escuchar porque ya las dejamos entrar, cuando eran dulces. Hubo noches, muchas noches que me hablaron con palabras heladas que hicieron de mi alma un congelador y todas sabemos que el dolor con el frío se dilata. Cuando todo el dolor volvía a mí me traía noticias de la muerte, esas noches

agarraba el diario y llamaba desesperada. Sabía que un hombre me calmaría. Pero nunca me animé a pedir uno.

Laura: Yo sí, me animé. Porque mis noches también son difíciles. Hace tiempo que son como una pileta de natación vacía. Lo peor es cuando esa pileta comienza a llenarse. Una siente cómo el agua va ocupando espacio. Lo terrible no sería ahogarse, si no, lo que se hace insostenible es oír el agua llenando la pileta. Bueno en una de esas noches llamé y pedí un hombre.

Analía: ¿Cómo te fue?

Laura: ¿Vos también?

Analía: Sí. Y me fue muy pero muy bien.

Laura: A mí también. Tan bien que hubo un tiempo en el que el sueldo no me alcanzaba.

Eleonora: Te animaste a pedir más de uno.

Laura: No. Pero nunca pedí el mismo.

Analía: Hoy puedo decir que las siento como verdaderas amigas.

Eleonora: Podemos decir entonces que esta experiencia nos está sirviendo para descubrirnos amigas.

Laura: Por eso propuse lo del pago.

Analía: Yo le pagaría ciento cincuenta.

Laura: Me parece demasiado poco.

Analía: ¿Poco? Para cuántos domingos más nos queda si le pagamos más de ciento cincuenta.

Licia: Entonces paguémosle menos.

Eleonora: Estoy de acuerdo paguémosle cien.

Analía: Y así tenemos para diez domingos.

Laura: ¿Cuánto más paguemos mejor nos irá?

Eleonora: ¿Nos preguntás a nosotras, vos que sos una experta?

Laura: No te hagas la santita.

Eleonora: Claro que no lo soy. Pero a éste ya lo tenemos acá.

Laura: Pero si le pagamos bien se esmerará.

Licia: Podemos pedirle que nos atienda a todas.

Eleonora: No. La que gana lo disfruta. Eso le pone condimento al juego.

Analía: Y se agrandan las expectativas para el otro domingo.

Laura: Insisto. Propongo pagarle mil.

Analía: Cien y no me muevo.

Laura: Todas tenemos trabajo, podemos seguir ahorrando.

Licia: Ciento cincuenta.

Eleonora: ¿Y si lo arreglamos con él?

Laura: ¿Habla castellano?

Eleonora: No. Tenés razón. Quinientos.

Laura: No seamos amarretas. Él lo será con nosotras.

Licia: Quinientos.

Analía: Cien. Lo más lindo es la expectativa.

Eleonora: Estoy de acuerdo con Analía; cien.

Licia: Muy bien, paguemos cien. Nos quedan así diez domingos. Y lo que podamos ahorrar.

Laura: No estoy de acuerdo pero no me opongo. Además estoy muy alegre porque estamos más allá de las fronteras del amor.

Licia: Tirás vos, Laurita.

Analía: Si hacés generala, ganaste.

Eleonora: Si ganás, cuando estés en tu casa con él, mirale los ojos, vale la pena. Ah y pensá en mí.

Laura tira y hace generala.

Analía: Es la primera vez que te envidio, Laurita. Pero te deseo lo mejor.

Licia: Laura, siempre confié en vos.

Laura: ¿Abro yo el placard?

Licia: No. Que lo abra Eleonora.

Bernardo Cappa. Correo electrónico: cappaber@sinectis.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Septiembre de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar